

## Seis prosas no recopiladas

JOSÉ JUAN TABLADA

Cuentos mexicanos

De ultratumba<sup>15</sup>

A lo largo de las calles, húmedo y frío, se arrastraba un viento de invierno que azotaba el cristal de los faroles y hacía que flamearan los mecheros de gas.

El movimiento había cesado en las calles, apenas cruzadas por escasos transeúntes o por tardíos coches, cuyo rodar intermitente y fragoroso surgía, desvaneciéndose luego en el silencio.

En aquella hora, a la media noche, el sol del vicio se levanta; es la hora febril de la cantina, donde la vida del ebrio se arrastra con el latir precipitado de un corazón de alcohólico y las visiones que se levantan de un cerebro nublado por el vino.

El reloj de aquella taberna marcaba las doce, hora que acababa de sonar con los suspiros de las doce campanadas y el seco y perezoso estertor de la cuerda que se estira.

Una docena de individuos reposaban en el interior: dos alemanes, con el rubio *bock* de cerveza al frente, jugaban con los dados, recortando en la oscuridad sus rostros rubios y congestionados de teutones. Más allá, un individuo roncaba, sosteniendo un puro

<sup>15</sup> *El Nacional*. Año XX, tomo XX (2), 4 jul. 1897: 2.

entre los dientes, arrojando en el silencio la nota de un ronquido comatoso. Algunos *clubmen*, de pie junto al mostrador de la cantina, aprovechaban un entreacto del vecino teatro, y entre sorbos de coñac y bocanadas de humo, analizaban la vulgar estética de una corista. Un mesero cruzaba el salón a cada instante y la nota de su mandil blanco se recortaba en la penumbra y brillaba después, junto al mostrador, bajo la luz radiosa de las lámparas Edison.

Pero el individuo pálido, de lividez cenicienta, de mirada turbia, de ojos hundidos en las cuencas, de labios entreabiertos y cansada actitud, tenía por fuerza que llamar la atención, más que los rubicundos teutones, más que el individuo que roncaba entre los esteriores del *coma*, más que el grupo de elegantes que continuaban entre sorbos de coñac y bocanadas de humo, la anatomía de la vulgar corista.

Tenían los teutones la embriaguez pesada de la cerveza, que derrama en las venas de los bebedores la euforia más burguesa, el bienestar más animal. Su charla gutural se exhalaba en roncas vocalizaciones, en rudas palabras, en salvajes monosílabos. Danzaban agitados por aquellas manazas, los blancos dados en el cubilete de cuero y caían después sobre el mármol de la mesa, con el ruido seco y macabro con que golpearían los torsos de un esqueleto sobre una lápida mortuoria.

El individuo que roncaba era un organismo hipotecado por el sueño. De cuando en cuando alguna mosca se posaba en su rostro sudoroso y entonces el índice de su mano espantaba al insecto y el índice seguía frente al sudoroso rostro serio y gravemente como el de los fakires que se hipnotizan.

Los *clubmen* eran grises, sus individualidades se concentraban en las corbatas y gravitaban alrededor de los correctos abrigos.

Pero el sujeto pálido, de lividez cenicienta, tenía una embriaguez trágica que se difundía en su rostro e imprimía a su cuerpo

ademanos extraños y nerviosos, tenía la embriaguez lívida del ajenjo, la que inspiró cantos a Musset y llena de alienados los hospitales de París. Esa embriaguez era casi un boceto del *delirium tremens*.

Con un ademán exaltado llamó al mozo, que a poco volvió llevando una botella en la mano, la botella flordelisada con la cruz roja que al verter su contenido en la copa llena de agua fingió los tonos y los orientes de un ópalo en fusión.

Luego, con la mano vacilante, sacó un papel de su bolsa, un papel gris con ancha franja negra como de esquela mortuoria, y a la luz de la próxima lámpara leyó unas cuantas líneas que decían con una escritura femenina:

“Sé que has llegado. Ven a verme. Te amo como siempre.— Tu ELENA”.

Y al doblar el papel y volviéndolo a guardar en su bolsa, el temblor de su mano insegura se acentuó.

Aquella mujer era la “Sapho” de su historia, vulgar como aquella y descendiendo de una genealogía semejante.

Su pasado había sido sacrificado a ella, que siempre, llevada por el recuerdo, aparecía ante sus ojos con la vaga apariencia de una esfinge enamorada, dulce y trágica, voluptuosa y cruel.

Hacía más de un año que ausente de la ciudad no la había visto y ahora, apenas regresaba, recibía aquel papel que había leído, trazado quizás en un momento de ansia y de arrebato.

Iría a verla, a pesar de todo, a pesar de los engaños, sobre las falsías y las traiciones, ansioso de escuchar aquella voz que en su vida había resonado modulando el halago, exhalando la caricia y pronunciando la maldición.

Iría a verla a pesar de las infidencias y de las crueldades, anhelante de arrancar de aquellos labios que ahora lo llamaban, el beso de otros días, el beso de pasión y de deleite.

Con inseguro paso atravesó las calles flagelado por aquel viento de invierno que se arrastraba húmedo y frío azotando el cristal de los faroles y haciendo que flamearan los mecheros de gas. Tras de una hora de marcha llegó a una callejuela que atravesaba dos avenidas de un barrio. Llegó al número de la casa indicada y penetró. Apenas si en medio de la turbación de que estaba poseído, sintió un ligero olor de ácido fénico derramado en la habitación y notó que apresuradamente una mano apagaba un cirio que ardía en la pieza contigua. Aquella noche reanudó con Elena su antigua pasión y un retoño de los amores de otros días floreció en la penumbra de aquella triste noche y volvió a encontrar la dulce voz de antaño y el anhelado beso.

Al día siguiente, en el cuarto de su hotel, aun conmovido por las emociones de la víspera, recibió una esquela mortuoria que anunciaba la muerte de Elena, acaecida un mes antes. Hecho un loco, salió a la calle y varios amigos confirmaron aquella noticia, y uno de ellos llegó a asegurar que él en persona había asistido al entierro...

Desde entonces una imaginación de loco se agita en un frenesí extraño y la embriaguez de todos los días alumbra, sin poder disipar, una habitación saturada de un olor de ácido fénico, un beso anhelado, y al fin vuelto a encontrar, y el triste chisporroteo de un cirio que apaga una mano presurosa.

José Juan Tablada

## Notas de la Semana<sup>16</sup>

Dos astrónomos insignes acaban de lanzar, desde sus encumbra- dos observatorios, una siniestra profecía que ha derramado el pa- vor en las conciencias tímidas. Parece que al explorar con sus te- lescopios los abismos siderales, han distinguido un inmenso escollo, un dorado arrecife de estrellas adonde nuestro planeta irá a estre- llarse como una galera sin timón. Poco después de que en este año la fiesta de los Difuntos haya encendido sus cirios, tendido sus crespones y derramado la ofrenda de sus flores sobre los cristianos sepulcros, nuestro planeta, inconsolable y desesperado, irá a ha- cerse pedazos contra un grupo de estrellas errantes, de esos astros bohemios que *flanean* en el infinito sin rumbo y sin objeto como por el asfalto del *boulevard* los engomados individuos de nuestra juventud dorada... Ese suicidio de la Tierra no es precisamente correcto; ir a perderse ahí entre ese grupo de siderales libertinas errantes, arrojar toda su dignidad de planeta serio en esa banda de luminosas parranderas, es un triste fin para alguien que, como nuestro globo terráqueo, se ha distinguido siempre por sus cos- tumbres reposadas y por la mesurada escrupulosidad con que has- ta ahora había llevado a cabo sus deberes. Que la Tierra fuera en buena hora a consumirse entre los ardientes brazos del Sol, enton- ces nos resignaríamos y encontraríamos la muerte disculpable, pues el Sol tiene que ejercer, merced a sus suntuosidades y a sus

<sup>16</sup> *El Nacional*. Año XX, tomo XX (163), 15 ene. 1898: 1.

pompas, una seducción irresistible en todo su alrededor. Que la Tierra, como una emperatriz hastiada de la existencia, fuera silenciosamente a hundirse en los profundos claustros del infinito, sería también un final lleno de nobleza y de majestad que igualmente disculparíamos... Pero ir a chocar con esa banda casquivana de estrellas erráticas, que por no dejar usan el título de “Las Leonidas”, como alias de guerra entre la gente de trueno del espacio, ¡es incalificable! Preferible sería que la Tierra acabara por refrigeración como lo han anunciado otros profetas. Así, vestida de blanco, ataviándose con todo el hielo de ambos polos, envuelta en las blancas sábanas de las llanuras hiperboreales, diademada por témpanos del polo, nimbada con rayos de boreales auroras y luciendo apenas como olvidada joya el inflamado cinturón del trópico, tendría la Tierra el fin que merecía. Cuando así la vieran radiante de blancura sobre el tálamo fúnebre del caos los demás planetas, desfilarían pesarosos junto a ella cubriéndola con las primaveras doradas de sus luces y bañándola con encendidas lágrimas. Y sólo el Sol, el desdeñoso amante que la había abandonado, no tendría ni una mirada de fuego para la pobre muerta, y seguiría lleno de triunfante soberbia, buscando nuevos amores entre su serrallo de estrellas!...

Entretanto, haríamos bien en no preocuparnos por el fin del mundo ni por el de *El Imparcial* siquiera! Mientras la Tierra choca estrepitosamente con las disolutas “Leonidas”, ahí está el Circo Orrin, que para su nueva temporada cuenta con una *troupe* digna de Barnum. Ya suena con su timbre jovial la interminable carcajada de Bell, el *clown* emperador del radioso país de la alegría. Entre las nuevas pantomimas que trae, hay una que se llama “El Clown loco”, alusión a aquel rumor que circuló diciéndonos que el más popular de nuestros mimos había ingresado a un manicomio.

Nada fácil era que fuera víctima de la locura quien siempre la ha tratado dominándola como un emperador a su menina!...

*Recuerdos* se llama un tomo minúsculo que encierra una hermosa traducción de Leopardi, hecha victoriosamente por Enrique Fernández Granados... Ya conocéis a *Fernangrana*, a esa abeja griega que cuando no [...] sus panales blancos y dorados, revolotea en los jardines de los más egregios poetas y nos da la esencia de sus flores cuajadas en rubios versos de deliciosa miel hiblea.

José Juan Tablada

## Notas de la Semana<sup>14</sup>

El último jueves hizo tres años que el poeta Manuel Gutiérrez Nájera celebró sus desposorios con la muerte. En el campo literario aun no se llena el hueco que esa triunfante encina dejó al caer desarraigada... Muchas gotas irisadas han caído, pero en la gruta del arte aún no se cuaja una estalactita, brillante como piedra preciosa, que pueda compararse con la obra del ilustre poeta, Gutiérrez Nájera, que cantó a la *Duquesa Job* con frivolidad parisina de un Catulle Mendès; que destiló la temblorosa perla negra del dolor en la áspera concha de *Las almas huérfanas*; que vibró al unísono del “embovedado” Rollinat en los fúnebres símbolos de sus *Neuróticas*; que arrancó bloques marmóreos de las canteras parnasiañas y cinceló con el cincel de Gautier, las cariátides griegas de las *Odas breves*, no ha podido aun ser sustituido... Su musa duerme cataléptica como lady Tremauton, y en su ataúd, que no se ha cambiado en tálamo para ningún otro amante, descansa con las manos en el pecho, como las estatuas yacentes de los viejos mausoleos. Ahí está el áureo casco del poeta y nadie osa levantarlo; ahí están los rizados lambrequines que ningún viento lírico hace ondear; ahí está el áureo y sonoro escudo que nadie se atreve a embrazar y el acero toledano que nadie ha de blandir y la coraza adamasquinada que en vano espera el latido de un nuevo corazón!...

<sup>17</sup> *El Nacional*. Año XX, tomo XX (180), 5 feb. 1898: 1.



Por fortuna el olvido no ha volcado sus urnas cinerarias sobre esa querida memoria. La prensa ha recordado al poeta y aquí traslado los fragmentos de un artículo que Rubén M. Campos le consagró en este aniversario y entre cuyas líneas vibra bien una nostalgia y late un *regret* sincero...

El gran caído era un artista. En sus intensos ojos verdes reflejaba la hermosura de las sabanas tropicales; en su pupila luminosa reía el sol mexicano vibrante y límpido; en su cerebro candente estallaba el rayo que descargaba por su pluma echada a volar en las alas de la inspiración, y pasado el meteoro surgía la vida esplendorosa, ataviada del ropaje áureo del verso, cantando la hermosura de la hembra paradieia [*sic*], el amor, el vino de Anakreonte y el placer!

El gran caído era un creyente. Después de cantar sus nupcias con la vida, cantó la *para cave* y la epifanía, la pascua florida y la entrada triunfal en Jerusalén.

Cayó, y el gran caído es un príncipe de las letras mexicanas. Su obra es inmortal. Su vida refloreció en sus hijos, su savia abonó líquenes y flores, su ejemplo electrizó a la generación contemporánea y la hizo grande, su espíritu yerra aun en las noches estrelladas de los soñadores que lo amaron y sus huesos que ahora yacen bajo la tierra madre, podrán un día blanqueados al sol marcar un Calvario, pero conducirán a un Tabor.

Honra hoy la Iglesia a Felipe de Jesús, el santo mártir mexicano que en el martirologio nacional figura sobre fray Bartolomé Laurel y fray Bartolomé Gutiérrez; por quien la "Higuera reverdeció" y por cuya gloria se levanta hoy en pleno *boulevard* una de las más elegantes basílicas que poseemos. Hermosa y fecunda en santos templos fue la gloriosa vida de ese paladín de la fe y deslumbrante la trayectoria con que recorrió la existencia ese astro que reflejó al esplendoroso Sol del Evangelio. Una crónica italiana habla de la

niñez de Felipe Las Casas y asegura “que tenía un excelente corazón capaz de grandes sacrificios”. Luego lo vemos en el claustro, donde se detuvo poco, volviendo al mundo como una flor de exuberancias salvajes que ahogan las estufas de los invernaderos y que busca el aire libre y el pleno sol. Va a Manila y ahí contempla por vez primera los rostros amarillos que luego ha de mirar contraídos por el furor frente a la cruz de su martirio. Ahí parece que su vida fue tumultuosa y que Felipe sintió sobre su carne la mordida de todos los pecados; pero en ese crisol de impurezas se formó el diamante de su santidad y entre esos fangos brotó la azucena blanca de su virtud. Sucesivamente aparece Felipe vistiendo el sayal franciscano en un convento manilo, embarcándose para volver a México y casi naufragando en su bajel que el pulpo de los tifones sorbió con sus ventosas y arrojó envuelto en sus tentáculos sobre las costas del Imperio del Sol Levante. Ahí, sembrado por San Francisco Javier, crecía y estaba a punto de florecer el árbol místico, pero el propio Mikado cayó y un *Taikun* bárbaro subió al trono del Imperio. Ahí donde albeaba el místico ropaje del Mikado, inició la negra armadura del guerrero triunfante, del feroz Taiko-Sama-Hideyosi a quien sus súbditos designaron con el alias de *Tzarú-Sara* (el del rostro de simio). Un tropel de los *samurai* de ese guerrero fue quien apresó a San Felipe y ahí, en una colina de la bahía de Nagasaki, florida de crisantemos y de almendros, fue donde se levantó el nuevo Calvario de donde ascendió hasta las místicas alturas el alma del héroe místico San Felipe de Jesús.

La crónica profana no registra otros sucesos mas que la próxima presentación de las señoritas toreras. Y entre su espitana y la *emperatriz* de las tandas sigue agonizando el Cristo del Arte...

José Juan Tablada

## Notas de la Semana<sup>18</sup>

Ha reinado Pluviosa, lectoras mías. Esa pálida deidad ha tendido en el cielo gris su trono de armiño... Los orientes de las perlas que ornán tu garganta, el alabastro del jarrón donde dejas tu ramillete, el plumón del abanico con que refrescas tu frente ebúrnea y tu seno filial, todas esas blancuras están en el cielo que te entristece... La lluvia cae monótona y tediosa y el *at home*, el claustro lujoso, la coqueta celda, es indispensable, lectora mía! Tus manos perezosas y blancas como el cielo de esta mañana de lluvia, despiertan en el teclado ebúrneo una doliente balada de Chopin. El virtuoso de Varsovia será sin duda el que vagará evocado por tu espíritu, bastiado sobre las palideces del marfil... El monótono ritmo de la lluvia... El bosque y la rotonda de la cita campestre están chorreando agua... Son los días del *at home*. ¡Aviva, bella lectora tus soñadoras pupilas de Aziyade, mira transparentarse sobre los vidrios la *fukusa* japonesa; mira cómo su tono violado copia tu bastín, y cómo los dorados hilos figuran los arabescos que tu imaginación enclaustrada borda sobre el eterno tema del amor! En el horizonte está flotando el poema eucarístico de la "Sinfonía en blanco mayor". Hay reflejos de gardenia, de blancas alas de cisne, de albeantes mármoles, en ese cielo adonde apenas el Emperador Sol asoma la punta dorada de su cetro. Recuerdas algo de Rubén Darío, tu bardo dilecto, algo que principia así:

<sup>18</sup> *El Nacional*. Año XX, tomo XX (292), 25 jun. 1898: 1.

Un poeta egregio del país de Francia  
Que con versos áureos alabó el amor,  
Formó un ramillete de rara elegancia  
En su sinfonía en “Blanco Mayor”.

Sueñas en tu salida de teatro hecha con cándidas pieles boreales y en tu abanico, en esa gran mariposa que parece quemarse en el fuego negro de tus ojos...

¡Son días de *at home* estos días nebulosos! ¡Toma de tu *etagère* el predilecto poema de amor! Repasa sus líneas y subráyalas con líquido diamante, con una irisada gota del llanto de tus ojos... También tú tienes tu poema... Tú tenías una Primavera en tu ser. ¡Él tenía la sombra en el espíritu y el naufragio en el alma! ¡Su ensueño se había desvanecido! ¡Ah! no olvides ese instante en que una alma se desbordó, en que unos ojos veían tus pies divinos, en que unos labios hubieran sido dichosos si hubieran sellado con su ósculo las huellas de tus plantas que irremediablemente se alejaban.

La lluvia se obstina y llama a tu vidriera... Piensa ¡oh Diosa! en ese espíritu helado, en esa racha de invierno que pasa sin mecer los nidos, sin besar las flores, sin acariciar las hojas del fragante árbol de tu alma...

¡Y el pueblo se ha bañado!.. Las albercas fueron teatro de prodigiosas naumaquias... San Juan, el Bautista, llevó al Jordán a los renuentes. La fiesta acuática fue entusiasta y esplendorosa, los obreros dejaron en la alberca los negros tatuajes con que la falta de higiene cubría sus cuerpos. Mujeres con la toalla en la espalda y la opulenta cabellera goteando. Hombres de alba camisa y rostro de *barbouillé*... ¡Con qué satisfacción los hemos visto ayer día de San Juan! ¡Ah! por ellos y por nosotros, la verbena acuática debería repetirse... ¡Qué mejor propagandista que San Juan hallará nunca el Superior Consejo de Salubridad!

La Ópera Mexicana pondrá muy pronto *La Bohemia*, la gran tragedia lírica. Volveremos a ver a Rodolfo el sentimental, a Schuarnard el jubiloso y a Colline, que para despedirse de su gabán tiene notas lastimosas y desesperadas! Mimí, con sus quintas de tos, bajo la nieve de la Barrera del Infierno, con los pómulos enrojecidos y las ojeras violadas, volverá a destrozarnos el alma. La Compañía de Ópera no tiene pretensiones; la *mise en scène* será sencilla... ¡Pero oh *amateurs*, en la orquesta harmoniosa y en las gargantas sonoras tendréis una completa recompensa!

José Juan Tablada

La estatua de Gutiérrez Nájera<sup>19</sup>  
Héroes y poetas

Surge una idea llena de nobleza y de justicia en el seno de un grupo de hombres cultos. Se trata de erigirle un monumento a Gutiérrez Nájera, el poeta de nuestra vida moderna, el prosista genial y maravilloso, el trabajador infatigable, el cristo víctima de su obra y el mártir de su propio numen, y el alba de ese sol de apoteosis es saludada por una voz digna de haber surgido en los conflictos iconoclastas de la vieja Bizancio. Esa voz cavernosa y entrecortada por hipos patriotereros clama así:

Ya se cuenta por ahí que hay quienes tratan de erigir una estatua al poeta Manuel Gutiérrez Nájera.

Dejemos para más tarde honrar a los poetas que realmente, y ante el severo tribunal de la crítica, merezcan mármoles y bronzes, y procuremos por ahora enaltecer la memoria de los héroes de la Patria, a quienes parece que hemos olvidado.

Es triste que el sonoro toque de clarín lanzado por quienes iniciaron la idea de la erección del monumento al gran poeta, tenga por eco inmediato ese gran nido lleno de solemne ridiculez. Ante todo el patriotismo protesta: ¿no es cierto que el sentimiento nacional haya olvidado a los héroes de la Patria! Desde el triunfal monumento de Cuauhtémoc en el Paseo de la Reforma, hasta el del heroico Letechipía, en la ilustre rotonda de Dolores; desde el mau-

<sup>19</sup> *El Nacional*. Edición Dominical, tomo II (10), 4 sep. 1898: 7.

soleo de Juárez hasta el obelisco que en Chapultepec perpetúa la epopeya de los “efebos de la gloria”, de los heroicos alumnos del Colegio Militar; desde los nombres de Estados y ciudades y calles hasta el de teatros y paseos, palpita entre nosotros un recuerdo inmortal y piadoso, una constante consagración de héroes, una continua y solemne unción de gloria para los beneméritos del país mexicano. El Paseo de la Reforma está congestionado de héroes; nuestras oficinas, nuestros paseos, nuestras bibliotecas, guardan en su seno hospitalario, mármoles y bronces que inmortalizan nobles rostros de estadistas y guerreros. Y apenas si en la Biblioteca Nacional un poeta nuestro, Juan Ruiz de Alarcón, yergue, como temiendo los alaridos patrioterros, su cuerpo contrahecho, cumbre eminente de toda una época literaria. Apenas si, bajo las hornacinas del vestíbulo de un teatro, asoma Acuña su rostro noble y trágico!..

Ya va siendo tiempo de honrar a los poetas, y si las primicias de nuestra gratitud fueron para los memorables guerreros y los paladines ilustres, ya mármoles y bronce han madurado para fijar las efigies de los seres que nos han engrandecido moralmente...

La paz es propicia a los númenes; la paz es la primavera del poeta y ya puede la Patria volver sus ojos ensangrentados por la trágica epopeya al cielo azul de los serenos idilios...

Yo creo que, a pesar de las disonancias hostiles del beocio, tendrá Gutiérrez Nájera su estatua. Toda la América Latina, desde el Bravo impetuoso hasta la desolada pampa, pronuncia con respeto y entusiasmo el nombre de Gutiérrez Nájera que con su alto numen ha glorificado a la Patria.

Una poca de justicia, una poca de gratitud, y del albo mármol, al golpe de un cincel sabio y sonoro, surgirá la efigie del ilustre poeta.

Y no hay que confinar ese monumento a una plazuela de arrabal. Para el autor de la “Duquesa Job”, para el escritor de las “Hu-

moradas Dominicales”, abre la ciudad su corazón... Ahí está el jardín de Guardiola, unas cuantas frondas que tiemblen como gloriosos lambrequines sobre la frente marmórea, una parvada de gorriones ciudadanos que brinquen y canten al pie del monumento.

Shakespeare tiene las graves solemnidades de Westminster; Chateaubriand las olas del mar en el peñón de St. Malo; Musset un saúz en el Père Lachaise. Dadle a Gutiérrez Nájera el campo que conquistó su genio, que su estatua domine esa comarca que se extiende:

Desde la esquina de la Sorpresa  
Hasta las puertas del Jockey Club.

Y así recibirá en holocausto el himno que prefería: la voz rumorosa de su ciudad tan amada y el incienso que le fue más grato, el perfume que dejan tras de sí las mujeres hermosas...

¿Verdad, lectoras, que a despecho de la patriotería, en loor de vuestro amado poeta y como solían hacerlo las princesas antiguas frente al horno en que iban a fundirse las sagradas campanas, arrojaréis vuestras sortijas de oro en el bronce hirviente que ha de formar la estatua del poeta?

José Juan Tablada



## Notas de la Semana<sup>20</sup>

El “Modernismo” con ocasión de una crítica publicada en estas columnas sobre un folleto de autores jaliscienses, vuelve a ser traído y llevado y la prensa de Guadalajara ha publicado últimamente artículos en que esa agrupación literaria es atacada de la manera más injusta y más gratuita. En efecto, los impugnadores del “Modernismo” no han llegado a formarse una idea cabal de sus caracteres y propósitos, y en vez de tratar de distinguirlos prefieren lanzar sobre la escuela toda clase de calumnias y denuestos. Entre los periódicos adversos al modernismo cuéntase *El Correo de Jalisco*, que ha publicado dos extensos artículos de los cuales el uno comienza con este peregrino párrafo:

El Modernismo, encarándose con el arte nacional, como a diario lo vemos en la prensa de la capital, le ha dicho: sé modernista o te desconoceré como arte totalmente. Fuera del Modernismo no hay belleza, no hay estética posible, todo es burdo, tosco, grosero, prosaico; bajo mis banderas todo es belleza, refinamiento, delicadeza, arte.

¿Qué entiende el articulista por “arte nacional”? ¿Hacer malos versos y con ellos proclamarse genio antes del destete? ¿De dónde extrae eso de que fuera del “Modernismo” están excomulgados los cultivadores de letras en México?... Se ha querido llamar “modernistas” a los que, alejándose de la agotada imitación de los clásicos

<sup>20</sup> *El Nacional*. Año XXI, tomo XXI (269), 27 mayo 1899: 1.

latinos vistos a través de versos españoles, cultivan el sentimiento nuevo, modificado naturalmente por el progreso de la humana civilización, en moldes más o menos propios, siempre orientados hacia la Belleza, ideal sin límites del arte.

En la *Revista Moderna*, precisamente se da el ejemplo de que no se reconocen banderías: junto a Ciro B. Ceballos está Rafael Delgado; junto a Balbino Dávalos, Manuel Puga y Acal; junto a Francisco M. de Olaguíbel, Jesús E. Valenzuela; junto a Bernardo Couto Castillo, Porfirio Parra; con Jesús Urueta, Rubén M. Campos y Alberto Leduc y Antenor Lescano, y si viviera, allí estaría Manuel Gutiérrez Nájera, como han estado en sus páginas Justo Sierra, Juan de Dios Peza, Luis G. Urbina, Fernández Granados, etc. ¿Qué periódico de la República ha dado a luz, después de diez años de silencio, versos inéditos de Salvador Díaz Mirón? La *Revista Moderna*. Nada de exclusivismos pretende esa publicación. Lo que pretende es “hacer arte” y nada más, reuniendo en sus columnas todo lo que el alma latinoamericana, desde el Bravo al Cabo de Hornos, produce para la realización de la obra de arte, sin olvidar ni un momento a los grandes maestros europeos y norteamericanos, entiéndalo bien el articulista, Edgard Poe, Emerson, Longfellow, Bryant, Walt Withman.

El Arte, como la Ciencia, no tienen fronteras en la civilización. Perfectamente ha dicho un pensador italiano: “Ya el regionalismo es ridículo, especialmente en materia de arte. Más allá de los montes, de los ríos, de los mares, surgen artistas, y se levantan y se llaman en voz alta, y se nutren fraternalmente del mismo pan, bajo la tibieza dorada del sol. El Arte es universal; ya el artista no es italiano, ni francés, ni noruego: su genio es humano”.

En vano pretende el articulista del diario citado presentar al Modernismo y a su órgano la *Revista Moderna* con esos caracteres de exclusivismo literario, pues esa publicación está abierta a todo

artista que haya conseguido realizar en sus obras un Ideal de belleza o cuando menos acercarse a él.

Sépanlo los que en México producen obras de arte. *La Revista Moderna* está abierta para todos los verdaderos artistas, desde el que esculpa una ánfora griega hasta el que labre un marfil en los talleres del decadentismo.

Nota tristísima de la semana es la muerte del egregio tribuno Emilio Castelar, por quien llevará luto la humanidad entera, ya que fue universal su genio hoy extinguido...

José Juan Tablada